

como después le acompañó en la de Santa Elena. Era la sombra del Emperador, el prototipo de la fidelidad heroicamente pasiva, de carácter gruñón, siempre anheloso de la paz y descanso nunca logrados. Sobre él recaían los encargos más fatigosos, pero en cambio recababa con sus ternos y juramentos todo cuanto pedía, mientras no fuese demasiado. Drouot era, por su parte, un hombre plutarquiano, prudente en el consejo, valeroso en el peligro, recto en la conducta y benéfico con todos. Era el prototipo de la fidelidad activa y gozosa. Sobre él recaían los encargos más delicados. Al salir de Fontainebleau le ofreció el Emperador 100.000 francos en concepto de gastos de viaje, pero los rehusó, porque no pareciese interesado su voluntario destierro á la isla de Elba.

Además de la intendencia general de Palacio, confió Napoleón al general Bertrand el ministerio del Interior, con el sueldo de 20.000 francos anuales, y á Drouot le nombró gobernador militar de la isla, con la paga anual de 12.000 francos (1).

El tesorero Peyrusse (2) fué nombrado ministro de Hacienda, con 12.000 francos de sueldo, y el título de Pagador y ordenador de Guerra y de Gobernación, cuyos presupuestos se reservaba calcular el Emperador (3). Era Peyrusse natural de Carcasona, un meridional de complexión endeble, pelo crespo, carácter amable y campechano, que usaba patillas y estaba siempre alegre, sucediese lo que quisiera. En Lintz (Austria), después de haber marchado un día entero por entre «una atmósfera apestada del hedor de los cadáveres que habían quedado sepultados bajo humeantes escombros», se lamentaba de no haber visto «á las mujeres de aquella población, que tanta fama tenían de hermosas». Había visto el incendio de Moscou, y al día siguiente se admiraba de no encontrar lavandera alguna que le lavase la ropa (4). Había presenciado los horrores de la retirada, las tremendas matanzas del puente del Beresina, á cuyo recuerdo se estremecían al cabo de años los oficiales más duros de corazón. Había visto cómo los soldados del Gran

(1) DURAND, pág. 246; PONS DE L'H., pág. 75; PEYRUSSE, pág. 242. Registro de la I. de E., núm. 117; *Corresp. imp.*, 21. 657.

(2) En la isla le llamaban «Peyruche» y el Emperador «Peyrousse».

(3) *Corresp. imp.*, 21. 568; PONS DE L'H., pág. 75; PEYRUSSE, pág. 242.

(4) *Carta de Peyrusse á su hermano*, 21 Septiembre 1812.

Ejército devoraban los cadáveres que arrebatában de entre las llamas (1). Sólo conturbó su ánimo la travesía de Fréjus á Elba, pues era la primera vez que navegaba, y al bandear la fragata en la noche del 30 de Abril al 1.º de Mayo, «creyó llegada su última hora». Satisfecho de encontrarse en tierra, lejos de los hielos de Rusia, en su cálido clima del Mediodía, complaciale en extremo la isla de Elba y respondía sonriente á quienes le elogiaban por no haber abandonado al Emperador: «No le he seguido á él, sino á mi bolsa.» Pero verdaderamente había hecho algo más que seguirle, pues le había salvado, ya que, gracias á su diligencia, se reunió la mayor parte del dinero de que pudo disponer en la isla de Elba.

A falta de oficial de superior graduación, se confió el ministerio de Marina al teniente de navío Taillade, quien, según informes de Pons de l'Hérault, «distaba mucho de parecerse á un lobo de mar. En tierra, era muy entendido en asuntos navales, pero á bordo echaba las tripas en cuanto se movía tormenta. Se encerraba en el camarote hasta que amainaba, y entretanto los subordinados habían de componérselas como podían (2).» Todos los franceses de la isla le detestaban por vanidoso y presumido, y todos se complacían en ponderar su ridícula ineptitud. El Emperador no había acertado en la elección. Taillade residía en la isla desde algunos años atrás, y estaba casado con una elbense de suposición, por lo que el nombramiento lisonjeaba el amor propio de la aristocracia local.

El vicario general Arrighi, el mismo que cantara el *Te Deum* y que padecía vicio de embriaguez, fué designado para limosnero de la corte real. Era natural de Córcega, y prevalido de ello, iba diciendo á todo el mundo, con el mayor descaro, que por ser primo hermano del Emperador tenía derecho á meterse en todo. Napoleón le rogó que se estuviera tranquilo en su iglesia.

Entre los notables de la isla se eligieron cuatro gentilhombres de palacio, que fueron: el médico Lapi, comandante de la milicia nacional, al que también se le dió el cargo de director general de dominios y bosques; el señor Traditi, alcalde de Porto-Ferraio; el señor de Vantini, aristócrata arruinado por calaveradas juveniles, que daba la

(1) SEGUR: *Historia del Gran Ejército*, t. II, págs. 375 y 407.

(2) PONS DE L'H., págs. 133, 349 y 353.



norma de elegancia en la ciudad y siempre había favorecido la influencia francesa; y, por último, el alcalde de Río Montaña, aquel bandido tuerto que á la sazón tomaba actitudes de perro faldero. A cada uno se le asignaron 1.200 francos anuales (1).

De los dos secretarios, Rathery y Savournin, el Emperador se reservó para sí el primero, y cedió el segundo al mariscal Bertrand, asignándoles respectivamente los sueldos de 4.000 y 2.000 francos anuales (2).

Dos proveedores de las Tullerías fueron promovidos al empleo de prefectos de palacio, con 6.000 francos anuales. Uno de ellos era «un gendarme vestido de oficial», pues tal aire le daba su aspecto roñoso y grosero, aunque sin malicia; el otro era un valiente soldado que en la isla de Elba bien podía presentarse en un salón de etiqueta. El ordenanza Pérez, napolitano de cuna, era sumamente estúpido, y el corso Paoli, asistente personal del Emperador, se distinguía por su simpleza. Cuando éste le preguntaba qué hora era, respondía, según remedo de una frase célebre: «La que V. M. quiera». Y se engreía de la respuesta (3). El médico que en París lo era de las caballerizas imperiales, ascendió en Elba á médico de cámara con el sueldo anual de 15.000 francos (4).

Aquel Tirteafuera tomó su empleo por lo grave. Estaba un día el Emperador en el baño cuando por sus propias manos le trajo el médico una taza de caldo, que Napoleón sorbía para no quemarse. El médico se opuso en nombre de Aristóteles, alegando que al sorber el caldo, tragaba el Emperador el suficiente aire para darle un cólico. El Emperador se removía impacientemente en el baño, mientras el médico iba deshilvanando la erudita arenga, hasta que al fin le mandó á los quintos infiernos á él y á su Aristóteles, afirmando «que ya era demasiado grande para saber cómo había de beber el caldo» (5).

A las órdenes del médico quedó el farmacéutico Gatti, con 7.800

(1) LABADIE, p. 379; PONS DE L'H., p. 77 y 166; *Corresp. imp.*, 21, 567; PEYRUSSE, p. 242; FABRY, p. 78.

(2) PEYRUSSE, p. 224 y 242; DURAND, p. 245; FABRY, p. 59.

(3) PONS DE L'H., p. 79 y 80; *Memoria á las potencias coligadas*, p. 147.

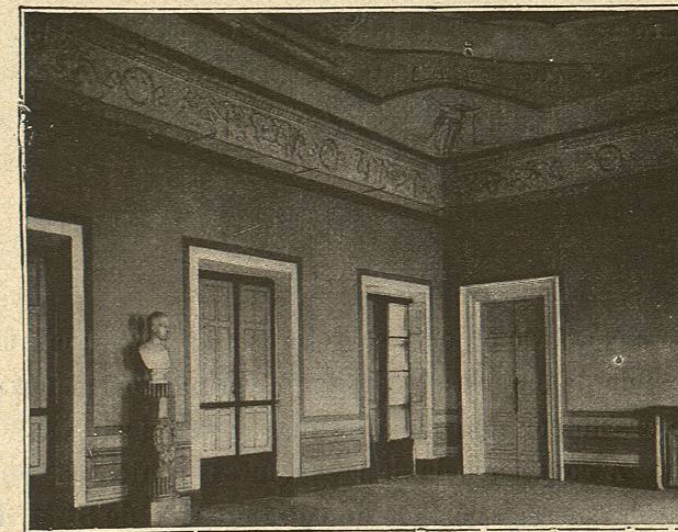
(4) PONS DE L'H., 76; PEYRUSSE, 242. — El doctor Foureau de Beauregard había servido en las ambulancias durante la última campaña. (PEYRUSSE, *Apéndice*, p. 113 y 114.)

(5) Hasta cierto punto tenía razón el médico de cámara, pues vale más beber que sorber los líquidos. Pero en todo es malo el exceso de celo.

francos de sueldo. Era hombre de pocos alcances, aunque modesto, y entre ambos se suscitaron varias disensiones á que hubo de poner coto el Emperador, tan desconfiado en las recetas de uno como en los medicamentos del otro (1).

Aquello parecía la insula de Sancho Panza.

El servicio se componía de un maestro de ceremonias, un escudero de mesa, un jefe de cocina, un mozo de asador, un ayudante, un hornero, un pinche, un repostero con su ayudante, un oficial de cubiertos y un panadero. El servicio personal del Emperador constaba de dos ayudas de cámara, tres asistentes (entre ellos el mameluco Ali, natural de Versalles, cuyo verdadero nombre



El gran salón del palacio de los Molinos.

era Saint-Denis, que había substituído á Roustan y se le nombró armero del Emperador), un encargado del guardarropa, dos ujieres, ocho lacayos, un tapicero, dos mozos de limpieza, tres faquines, un lamparero y un portero. Todo este personal fué escogido entre los habitantes de la isla y entre los antiguos servidores del Emperador que habían venido con él ó llegado después separadamente á Elba. Los dos prefectos de palacio eran los jefes de la servidumbre (2).

Como generalmente sucede, los lacayos eran más arrogantes que

(1) REGISTRO DE LA ISLA DE ELBA, n. 177.

(2) PEYRUSSE, p. 242 y 243; Gle. DURAND, p. 220 y 221; SELLIER VINCENT, MARCHAND y SAINT-DENIS, en la *Nueva Revista Retrospectiva*, tomo I, p. 233 y sigs.; REGISTRO DE LA I. DE E., n. 5, 30 y 111. — El Emperador se había traído de Fontainebleau dos ayudas de cámara, Hubert y Pelard, que regresaron á Francia con el interventor Colin y fueron substituídos por Marchand y Jillis. Las armas del Emperador estaban guardadas en un armario, cerca de su alcoba, delante de cuya puerta dormía el mameluco Ali.



el mismo dueño, y el último pinche de cocina se creía un Napoleón en pequeño.

A la señora Squarci, natural de la isla, se le confió el cuidado de la ropa blanca, con una criada auxiliar, y la francesa Mme. Petronila tuvo á su cargo el servicio de lavanderas. El señor Holard, director de parques y jardines, disponía de un jardinero, y el director de música, de un pianista y dos cantantes.

Los sueldos oscilaban entre 600 y 4.000 francos. El maestro de ceremonias ganaba 4.000, el jefe de cocina 3.000, el lamparero 1.500, los mozos de limpieza 860, el portero 800. El sueldo mínimo de 600 francos era para el director de música, como cosa superflua.

\* \* \*

No tardó en caer sobre la isla de Elba una nube de corsos en demanda de empleos. Todos eran «primos hermanos» del Emperador y se creían con derecho á los más elevados cargos.

A consecuencia de las promesas contenidas en la circular del Vicario general, diciendo que «la llegada de S. M. Imperial y Real iba á inundar de riquezas la isla», el Emperador no podía dar un paso sin verse acometido por enjambres de pedigitieños, que, memorial en mano, se precipitaban sobre su persona. Algunas peticiones eran muy originales, como, por ejemplo, la de un farmacéutico militar de Portolongone, que decía: «Señor: Me ha pasado lo mismo que á vos. Me han destituido injustamente». El Emperador lo tomó á broma y dijo: «Vamos, puesto que andamos iguales, no es cosa de dejarle morir de hambre». Los pobres le ofrecían ramos de flores y le pedían dinero. Las falsas devotas se arrodillaban á su paso blandiendo cruces y rosarios, y si él fingía no verlas, se echaban entre las patas del caballo con peligro de quedar pisoteadas (1).

Los músicos ambulantes llegaban del continente para dar murgas bajo las ventanas de palacio. Napoleón se excusaba, diciéndoles

(1) PONS DE L'H., p. 126 y 268; MEMORIA Á LAS POTENCIAS COLIGADAS, p. 71; CAMPBELL, p. 66.—El Emperador incluyó en su presupuesto personal la cantidad de 500 francos mensuales para limosnas.

por boca de criados, que «no le gustaba la música»; pero las bandas sinfónicas se entercaban en el soplo hasta que los gendarmes les metían el resuello en el cuerpo. Escultores de cincel basto traían de Carrara bustos de mármol de Napoleón y María Luisa, con esperanzas de venderlos á peso de oro, aunque á fin de cuentas habían de contentarse con cederlos á 300 francos par, incluso el pedestal. Sin embargo, la mayor parte de los artistas de circunstancias se quedaban con las piezas bajo el sobaco, perdiendo los gastos de viaje, pues el Emperador no podía ni quería comprar cuantos bustos se le ofreciesen (1).

A fin de esquivar á los mendigos y librarse de sus impertinencias, aisló Napoleón más y más el palacio de los Molinos, mandando abrir un paso de carruajes bajo la Puerta de Tierra, de modo que en los dinteles mismos de palacio pudiese subir al coche y llegar rápidamente á las afueras (2).

Pasando por todo, iban desembarcando los aventureros, con esperanza de pescar en río revuelto y de ponerse al servicio del Emperador ó de sus enemigos, según el caso. Contábanse entre los inmigrantes muchos fingidos militares que reclamaban algo tarde la recompensa de supuestos servicios; bastantes mozas del partido, que trataban de ensayar, bajo el cielo de Italia, el efecto de sus sonrisas, y condesas más ó menos auténticas, que, recibidas por equivocación en palacio, transluían á los postres del convite con que se las obsequiaba, su verdadera condición, deslizándose en las viñas del Señor (3).

\* \* \*

De nada hubiera servido un gobernador militar de la isla sin ejército á sus órdenes.

Al llegar el Emperador guarnecía la isla un destacamento del 35

(1) VINCENT, p. 191 y 202; PEYRUSSE, *Apéndice*, p. 34: «Al señor Francesconi por venta de cuatro estatuas, 1.200 francos.»—Carrara está en la costa de Italia, al norte de Liorna, á unas treinta leguas de la isla de Elba.

(2) LABADIE, p. 49; MONIER, p. 64; Gal. VINCENT, p. 197.—Todavía existe la Puerta de Tierra, abierta en el espesor de las murallas, así como también el paso de carruajes que la ponía en comunicación con el palacio de los Molinos.

(3) Carta de la madre de Napoleón á su hijo Luciano, citada por LARREY, t. II, p. 35. PONS DE L'H., p. 195 y 218.